

La felicidad

Por José María Antón Andrés

Se habían quedado solos otra vez; otra vez, todas las ilusiones quedaron encerradas en aquella caja blanca que, después de unas lágrimas –pocas porque aquella tierra dura hace a los hombres enjutos... y enjutos de sentimientos- entraba en el nicho.

Lo intentaron de nuevo y, en adelante, evitarían las posibles imprudencias anteriores y confiarían en que Dios les devolviera la alegría para los días placenteros y el consuelo para los ásperos que, sin duda, habían de llegar.

Y, así, fue: Primero, un niño despierto, vivaracho y locuaz; y, cuatro años después, un angelote descendido de cualquiera de las cuadrillas de ángeles niños que revolotean en los jardines del Paraíso.

Con todo, no fue fácil porque la tarea apremiaba; Padre andaba comprometido en ganar el jornal del oficio pero sin abandonar la exigente urgencia que imponen las tareas campesinas que hay que atender en su momento sin aplazamientos para recoger el fruto tan difícilmente salvado de escarchas, heladas, sequías y apedreos.

Por eso –una tarde que hubo que voltear un alfalfe que ya se recogía o regar la hortaliza que el calor agostaba-, acabada la comida, Padre volvió a la obra y Madre emprendió el camino con el niño mayor a su lado. Cumplido el trabajo, regresaron por la senda de la ribera descansando del esfuerzo y gozando con el tornasol de las hojas de los chopos y sargas que escoltaban la cinta transparente del río. El paso era lento pues Madre no podía añadir, a la carga del fruto recogido, el dulce pero fatigoso peso del niño. Y, así, llegaron a la casa; ella con su cesta de hortalizas a cuestas y él con el paso lento pero ya seguro de sus tres años. Le dio la merienda y lo acostó; recogió al hijo pequeño que había atendido la vecina y, con la llegada de Padre, la vida familiar fue restituida a la rutina feliz que continuaba la de siempre y para siempre.

Pero, al día siguiente, mediada la mañana y a pesar de los intentos de Madre, el niño no despertaba; los recuerdos dramáticos volvieron y, cada vez, más crudos porque pasaban las horas y seguía en su sueño.

La noche fue aún más angustiada; se acercaban uno y otro a la cuna; comprobaban que la respiración era sosegada pero que seguía dormido. Hasta que, a la media mañana siguiente, icuarenta horas después!, el Hijo abrió sus ojos limpios, se incorporó y reclamó, sin palabras, lo que era su recompensa en cualquier dificultad: el pecho de su Madre isu verdadero reconstituyente!

Pero, de eso, hacía mucho tiempo; los Niños habían crecido y la Familia había emigrado; Padre había encontrado trabajo con facilidad en lo que iba a ser la Exposición Universal que Barcelona preparaba para mostrar al mundo su instinto comercial, Madre hacía faenas en despachos y casas particulares y los Niños empezaban el camino de los estudios que los llevaría ial menos, al menos! a conseguir un puesto de telegrafistas. Porque ¡qué bien vivía el del pueblo!; un rato en su maquina y, luego, a pasear y a recalar en el café con el médico, con el boticario y hasta, a veces, con el señor cura.

Pero, también, esto quedaba atrás porque, por primera vez en algunos años, Padre había conseguido unos días de vacaciones y emprendían –los cuatro- el camino de su pueblo donde habían quedado, tiempo ha, su historia y sus recuerdos. Deshacían –siquiera por unos días- el camino que, inseguros, habían hecho años atrás. Viajaban de Barcelona a Valencia, bajaron en Sagunto y pasaron las horas que faltaban para que llegara el tren "churro" en los naranjales aledaños a la estación, teniendo siempre a buen recaudo las viejas maletas –aseguradas con cuerdas-, los bultos envueltos en mantas y también asegurados con correas y cordeles y un misterioso saquilote que Padre llevaba casi siempre colgado de su hombro.

Al fin, llegó el tren. Venía envuelto en humo blanco, asemejándose a un monstruo enfadado que crecía y crecía al acercarse a ellos que esperaban en el andén.

Como viajaba poca gente, pudieron estar solos en un departamento y, mientras no hubiera quien reclamara el sitio, los bultos quedaron en los asientos de madera de su vagón de tercera en el que ellos iban con la misma alegría que si los hubieran instalado en una de las ligeras y compactas nubes de aquel atardecer con que el otoño insinuaba su presencia.

A la ventanilla, se asomaban las huertas llanas de los primeros pueblos con casas blancas sembradas entre naranjos, perros, gatos, ocas... ¡la estampa viva de la Creación! Después, el tren jadeó con más fuerza, aumentó los penachos blancos y emprendió lo que –en los caminos de herradura- se llama "Cuesta de Ragudo". La tarde, ya avanzada, daba paso a llanos extensos tapizados con los tallos del trigo que-después de recoger la mies que durante meses habían hecho crecer- alfombraban la tierra; árboles perdidos en la besana ponían un punto singular en la monotonía de las extensas labores y, en la lejanía, se adivinaban masas de encinas, pinos y alcornoques mientras

el tren seguía subiendo, resoplando y oscureciendo a los viajeros con una cortina de carbonilla cuando avanzaba encajonado entre taludes rojizos que ascendían verticales hasta no se sabe dónde.

Habían comido entre los naranjales de Sagunto pero, ahora, llegaba el momento de merendar y Madre sacó las fiambreras en las que se mezclaban el color, el olor y el sabor: los trozos fritos de pimiento rojo, el amarillo de las tortillas, el oscuro rojizo de los trozos de carne, el picante olor de las longanizas y las empanadillas; ¡en fin!

Se emprendieron las viandas con el hambre que da la alegría de la libertad (o la libertad de la alegría) y todo fueron las risas que provocaban el vaivén de los carrillos en plena faena, el bigotazo improvisado por el trozo mal atrapado por la boca, el sofoco atropellado del tragar y el hablar, el opinar de todos a la vez.

Y, a todo esto, el tren –que había culminado la cuesta- empezaba a bajarla acelerando locamente hacia Teruel. ¡Qué carrusel de botes, resbalones y saltos sobre el asiento y qué baile de los bultos que iban y venían!

Había entrado la noche y los puntos de luz de las casas dispersas se mezclaban con el volteo multicolor de las lamparillas del vagón, las risas y el cansancio de la alegría interrumpido por las gansadas de los chistes facilones.

Pero, de pronto, en la general barahúnda de luces, colores, gritos y bromas, Padre gritó un ¡Rediós! que cortó el jolgorio; todos lo miraron y, a la vez, siguieron la dirección que marcaban sus ojos. Y, allí, en el suelo, descubrieron el misterio del saquilote que él tan celosamente había vigilado desde que salimos. Porque, por la boca abierta del envoltorio, asomaba –hecha trozos por el golpe de la caída- la roja entraña de una sandía, moteada de negríssimas pepitas que parecían los desvencijados botones de un empaque derrotado. Fue un momento de expectación al que siguió un clamor de gritos, risas, ahogos que se unían al paroxismo del traqueteo, de las luces, de las sombras, de los colores que hacían el momento único e –inocentemente- triunfal. ¡Cómo no decir que no hizo falta cuchillo ni ceremonia, que la roja delicia fue engullida en un santiamén y que las cortezas volaron por la angosta ventanilla camino de la noche!

El tren calmaba ya su frenesí y ellos tranquilizaban la algarabía en que –desde Puerto Escandón- habían estado atrapados, a la vez que la noche –bien entrada- los embalsamaba de paz y el frescor de las tierras altas serenaba su alboroto y metía en sus venas un sopor espeso, suave, de alegría reposada, hasta que el tren enfiló Teruel.

En la estación solitaria –el jefe, un par de mozos de cuerda, algún chuchito rebuscando-, bajaron sus bártulos de emigrantes que volvían –por unos días- a la querencia del terruño nativo. Y Padre y Madre, cargados con ellos, y los Niños, con sus improvisadas mochilas a medio llenar de juegos inútiles y fruslerías, enfrentaron la escalinata mudéjar que salva el desnivel entre la Ciudad en alto y la estación a orillas del río.

No hubo que subir porque Padre dijo: –¡A la fonda de la Amalia! Y, hacia ella, a muy corta distancia y en llano, se dirigieron. Los alojaron porque Padre y Madre eran conocidos de estancias en otros tiempos y los subieron a "su" habitación donde dormirían en la cama matrimonial a la vez que los niños ocupaban la alcoba contigua.

Se acostaron; los Padres continuaron la conversación: las peripecias, pasadas, el final del viaje para el día siguiente, la llegada tan soñada... Los Niños hablaron poco; el pequeño se durmió en seguida pero el mayor tardó en hacerlo: su cabeza repasaba el calidoscopio de aquel día memorable lleno de sol, de naranjales, de traqueteo, de luces, de risas, a la vez que oía, interrumpidamente, la conversación de sus Padres:

–Mañana temprano...

Pero no quiso oír el "mañana" porque estaba lleno del "hoy": de una especie de honda alegría que le había ido invadiendo el cuerpo, el cerebro, el alma de un espeso contagio que lo sumergía suave, blanda, silenciosamente en una lánguida suavidad que lo colmaba de lágrimas serenas.

Han pasado los años y, cuando alguna vez –pocas- el Hijo mayor ha experimentado, de nuevo, aquella mansa pero, a la vez, absoluta quietud, ha entendido que sus experiencias de aquel día, en aquel camino, en aquella noche de la posada de la Amalia fueron –son- un buen trozo de la Felicidad; de la verdadera Felicidad.

¡Hija querida! Veo en tus ojos una chispa de incredulidad. Pues no porque te aseguro que todo lo que queda dicho es rigurosamente cierto; Porque aquel niño vivaracho, despierto –¡menos el día de las cuarenta horas!- y locuaz cuya mejor recompensa era el rebosante pecho de su Madre, ¡era yo!